



LA REPUBLICA

NUMERO

Extraordinario

San José, 22 de Setiembre de 1901.

"LA REPUBLICA"

San José, 22 de setiembre de 1901

Año XVI

Núm. extraordinario



Bernardo Augusto
† Obispo de Costa Rica

1850-1901

"LA REPUBLICA" dedica
este número especial á la
memoria del Ilustrísimo y
Reverendísimo Doctor don
Bernardo Augusto Thiel ☉

LA REPÚBLICA

"LA REPÚBLICA, al lamentar la muerte del señor Obispo, ofrece sus sentimientos de condolencia á la familia del ilustre finado, pero hace extensivos sus sentimientos á la Nación que ha perdido, además de su virtuoso Pastor, un hombre de ciencia y de saber."

No esperaba LA REPÚBLICA que el retrato del ilustre Jefe de la Iglesia Católica en Costa Rica honrara sus columnas cuando ya el querido y hoy tan sentido Prelado dejara de pertenecer al mundo de los vivos y fuera su infatigable espíritu á recibir la recompensa que tenía merecida.

Esta circunstancia, la del deplorable fallecimiento de Su Ilma., ha hecho redoblar nuestros esfuerzos, á fin de que las noticias biográficas de su vida fueran en lo posible las más extensas y autorizadas.

Respecto al segundo punto, es decir, en cuanto á la autenticidad y plena exactitud de los datos que transcribimos, los podemos garantizar, por haber sido tomados teniendo á la vista los respectivos documentos, facilitados con suma amabilidad, por el señor Rector del Seminario, Pbr^o J. G. Stork, compañero desde la juventud del señor Obispo.

El Ilmo. señor Obispo don Bernardo Augusto Thiel nació el 1^o de Abril de 1850 en Elberferd, Alemania, provincia del Rhin.

Hizo sus primeros estudios en el Colegio elemental oficial de la misma ciudad y á la edad de 11 años dió comienzo á los cursos de segunda enseñanza en el Gimnasio Real de Elberferd.

Cursó los cuatro últimos años en el Liceo de Neuss, en la misma provincia.

A la edad de 19 años, en 1869, presentó los dos exámenes de Bachiller en Letras y Ciencias, obteniendo el doble título en esas materias, con votación unánime y las felicitaciones de la Comisión Real.

El certificado que acredita sus exámenes le fué expedido el 28 de Agosto de 1869.

En ese mismo año de 1869 y después de alcanzar sus títulos, entró en la congregación de los Paulinos, en Colonia, provincia del Rhin.

Cursó con satisfacción de sus superiores las clases de Filosofía y Teología, hasta que el año 1873 tuvo que salir de la patria de su nacimiento por las leyes del Kulturkampf (las leyes de Mayo) y continuó sus estudios en París.

En esta ciudad se ordenó de sacerdote el 7 de Junio de 1874.

En ese mismo año y poco después de su ordenación, sus superiores le enviaron de profesor al Seminario de Quito, Ecuador.

En esta capital fué profesor de Teología Dogmática y Derecho Canónico.

Llegó á Costa Rica en Setiembre de 1878 y ejerció por algún tiempo el magisterio en el Seminario de esta ciudad.

En 1879 la Administración del General Guardia lo presentó á la Santa Sede para la Silla Episcopal de San José.

Su preconización para Obispo se efectuó en el Consistorio de 27 de Febrero de 1880.

La consagración episcopal se verificó el 5 de Setiembre del mismo año, en la Catedral de esta ciudad, siendo el consagrante el Ilmo. y Revmo. Delegado Apostólico Luis Bruschetti, Obispo de Abydos. Fueron padrinos el Dr. don Carlos María Ulloa, Tesorero de la Catedral de San José y el señor don Pedro García, Tesorero de la Catedral de Guatemala.

Se naturalizó como ciudadano costarricense el 4 de Setiembre de 1880. El documento de naturalización, expedido por la Administración del señor Guardia, es muy encomiástico para el ilustre finado.

En 1884 fué desterrado por la Administración del General don Próspero Fernández, regresando del destierro el año siguiente de 1885.

Sus tareas en el Episcopado fueron largas é impercederas.

Teniendo por enseña el lema de su escudo: *ora et labora* "Ora y trabaja", tuvo ese doble carácter su misión: el cuidado de las almas y la ciencia.

El actual Palacio Episcopal, uno de los edificios que contribuyen al ornato de San José, fué obra suya, costeadá de su peculio propio.

Pero el monumento de mayor valor que lega el Prelado es su Biblioteca, compuesta de cuatro á cinco mil volúmenes, y una abundante y valiosísima colección de antigüedades de Costa Rica, cuyo mérito se aquilatará en el porvenir.

Muchas de las preciosidades de su Museo fueron recogidas por él mismo en persona, en sus numerosos viajes á las tribus bárbaras y salvajes de la República.

Gran parte de su vida la ha invertido el difunto Prelado en la formación de su Biblioteca y su Museo, constituyendo su mejor encanto esos dos tesoros.

La colección más rica del país en antigüedades de indios es la que poseía, y tanto ésta como la Biblioteca, las lega al sucesor que sea elegido para la Silla Episcopal vacante.

De su labor pastoral é intelectual, á más de sus tareas en el arreglo del archivo de la Diócesis y los archivos parroquiales, con sus respectivos registros, dan testimonio las siguientes obras: *Catecismo Grande de la Doctrina Cristiana*. (Este catecismo ha sido comentado por el Dr. Schmit en tres tomos).

Catecismo abreviado de la Doctrina Cristiana. Explicación del Catecismo abreviado de la del Dr. Crist.

Idiomas de los indios de Talamanca, Térraba, Cabécar, Boruca y Guatuso, opúsculo de mucho mérito.

Datos cronológicos para la Historia Eclesiástica de Costa Rica y cuarenta y siete cartas pastorales (en colaboración con el Clero).

Otro capítulo de gloria para el ilustre Prelado de la Iglesia Católica que acaba de expirar es su civilizadora misión por cristianizar las tribus bárbaras de Costa Rica.

Han sido numerosos los viajes hechos á las regiones de la República donde aún no ha penetrado la luz de la civilización, haciendo comprender á aquellos infelices los beneficios de la vida social.

A este respecto no es mucho lo que podemos comunicar á nuestros lectores, á excepción de su última visita á los Guatusos (tierras á las que anteriormente había penetrado por cuatro veces), descrita en el interesante libro del Presbítero José D. Carmona, titulado *De San José á Guanacaste é Indios Guatusos*: descripción religiosa, política, topográfica é histórica de esos lugares.

Antes de los años 1882-83, desde hacía un siglo, nadie se había atrevido á recorrer aquellas regiones, á no ser los huleros nicaraguenses con los que los indios trababan luchas sangrientas, siendo vendidos cuando eran capturados por los civilizados.

A este respecto es oportuno reproducir lo que dice el Licenciado don León Fernández, tomo III, página 307 de los *Documentos para la Historia de Costa Rica*, citados por el P. Carmona:

"Se dedican (los huleros) á otro negocio más infame, pero no menos lucrativo: la caza y captura de mujeres, niños y niñas de los indios guatusos, para venderlos en las poblaciones de Nicaragua, con asesinato de los padres, maridos ó parientes que se atrevían á defender á sus hijos, mujeres, hermanos ó parientes, y con robo y saqueo de sus habitaciones. Este tráfico existió durante algunos años, á vista y paciencia de los gobiernos de Costa Rica y Nicaragua y en pleno siglo XIX....."

"Hoy día existen cerca de trescientos de estos indios vendidos en diversas poblaciones de Nicaragua; y aunque el año pasado se presentó una reclamación al Gobierno de Costa Rica,

acerca de esto, el Secretario de Relaciones Exteriores, Dr. don José María Castro, por razones que él y algunas personas de Nicaragua no ignoran, hizo poco caso de la reclamación; "y el tráfico de esclavos habría continuado, á no ser por los esfuerzos y actividad de nuestro tan filantrópico como ilustrado actual Obispo de esta Diócesis, don Bernardo Augusto Thiel".

Para terminar estos apuntes transcribimos de una ligera nota biográfica sobre su vida, publicada en *El Eco Católico* el 8 de julio del año pasado, las siguientes líneas, acerca de su carácter y vida privada:

"El señor Thiel, como persona privada, es un hombre sencillo y austero en sus costumbres. Su vida corresponde al lema de su escudo: *ora et labora*, piedad y trabajo. Edifica el verlo desempeñar las funciones episcopales; en sus habitaciones se le encuentra siempre trabajando; jamás se pasea por distracción, y su carácter es tan apostólico y popular que, á veces, atendiendo uno á su cualidad de Obispo, desearía verlo darse un poco más tono.

"En su conversación es afable y á nadie desprecia; pero es Obispo que dice á cada cual la verdad, sencillamente como es, sin ambages ni rodeos, lo que á algunas gentes quisquillosas y amigas de cortesías no sienta muy bien.

"Su espíritu de caridad es por todos reconocido: numerosas y muchas veces ingentes son las limosnas que hace á quienes imploran su misericordia."

Hoy ya no existe el Prelado; pero su memoria, perpetuada por las obras que deja, vivirá en los anales de Costa Rica.

¡Paz en su tumbal

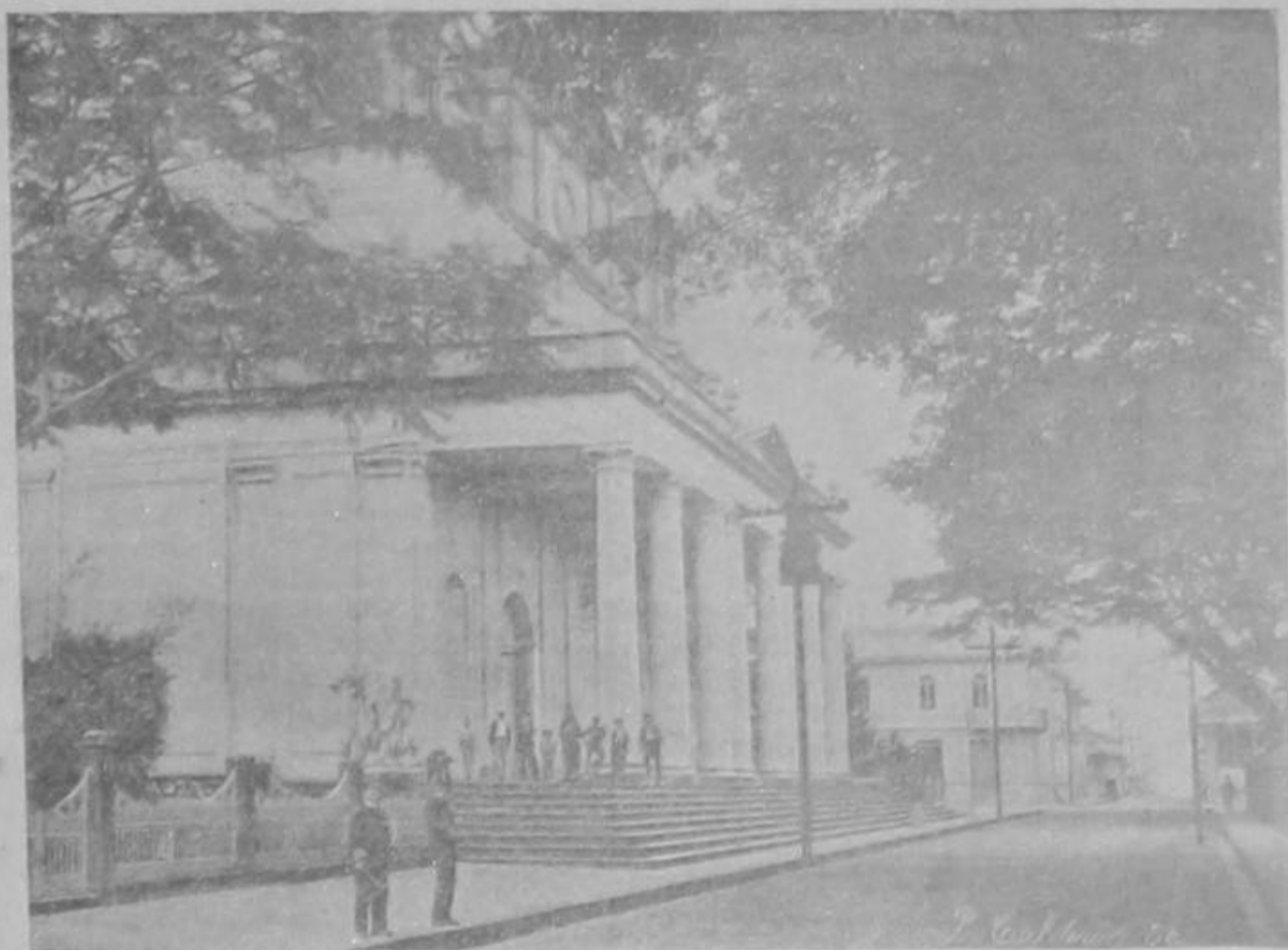
(La República. Martes 10 de setiembre de 1901.)

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA POR EL SEÑOR MINISTRO DE CULTO EN EL ACTO DE LA INHUMACIÓN DEL CADAVER DEL SEÑOR OBISPO THIEL

SEÑORES:

Un pueblo que lleno de angustia clama con fervientes plegarias por la vida de su dignísimo Prelado; que con afán solícito trata de informarse momento por momento del estado del ilustre paciente; semblantes que reflejan honda pena, ráfagas de esperanza, palabras de consuelo, tal es señores, el cuadro conmovedor que ofrecía la capital de la República, durante el período de la cruel enfermedad que tronchó la preciosa existencia del Varón, cuya pérdida irreparable llena de luto el corazón de esta patria por él tan querida y á cuyo bien consagró, con labor prodigiosa, todas las energías de su espíritu privilegiado. Corto, puede decirse fué su paso por el haz de la tierra, y por lo mismo más admirable aún la inmensa tarea que logró llevar á cabo, considerada principalmente desde el punto de vista de la Religión y de la Ciencia, las cuales supo armonizar en su mente como notas de un cántico divino. Iluminado su espíritu por esa doble antorcha, con el cayado del apóstol y la cartera del sabio, recorre en diversas épocas todos los ámbitos de la República, esparciendo la preciosa simiente de la caridad, y llevando la Buena Nueva y las nociones de la vida civilizada á las infelices tribus de nuestras selvas. Fueron esos desheredados sus hijos predilectos, y él para ellos su querido padre. El sabio á la vez estudia su lengua y sus costumbres, recoge y analiza documentos de nuestra Arqueología; la Fauna y la Flora son objeto de sus inteligentes inves-



IGLESIA CATEDRAL

tigaciones, y á su labor infatigable deberá la historia patria datos de inapreciable valor.

El virtuosísimo Pastor, el sabio insigne, Doctor don Bernardo Augusto Thiel, en torno de cuyo cadáver se halla congregada en estos solemnes momentos su afligida grey, nació en Alemania el 12 de abril de 1850. Hizo allí sus estudios hasta obtener con éxito brillante el título de Bachiller en ciencias y letras. En 1869 entró en Colonia en la Congregación de los Paulinos. Trasladado á París en 1873 y terminados los estudios teológicos, fué ordenado Sacerdote en 7 de junio de 1877. Por orden de sus Superiores pasó á Quito como profesor y de allí al Seminario de Costa Rica en 1878. Fué preconizado Obispo de esta Diócesis en Consistorio de 27 de febrero de 1880 y consagrado en 5 de setiembre del mismo año. Sucedió feliz este último que le abrió amplio campo en donde le fué dado poner en acción las múltiples facultades con que lo dotó la naturaleza y que él consagró por completo al bien de sus semejantes, al engrandecimiento de la religión y de la ciencia, á la elevación moral del Clero y al mantenimiento de la más cordial armonía entre la Iglesia y el Estado.

Testimonio elocuentísimo á quien fué ejemplo vivo de las más preclaras virtudes, de todo lo que el hombre puede y debe hacer en relación con sus aptitudes para llenar cumplidamente su misión en la tierra, es este fúnebre homenaje de veneración y de dolor que le tributan todas las clases sociales, desde el infeliz que recibía el pan de su mano bondadosa, hasta los más distinguidos representantes de las ciencias y las letras, del capital y de la industria.

El Gobierno, en nombre de la Patria y como sincera manifestación de duelo nacional, ofrenda perdurable gratitud al sacerdote excelso, sobre cuyas sienes brillarán eternamente la diadema de la virtud, la aureola del sabio y el emblema del trabajo.

De La Gaceta

HOMENAJE

Al Ilmo. y Revdmo. Sr. Obispo

Doctor Don Bernardo Augusto Thiel

Poesías leídas por su autor en la tribuna del Atrio de la Catedral, momentos antes de la inhumación del cadáver.

Fué su existencia opulento,
Pero sosegado río...
¡Quién trajera al labio mío,
En donde treme el lamento,
Un eco solo, un acento,
Un leve, confuso grito,
Un signo en la playa escrito
De aquel río sosegado
Que al fin ha desembocado
En el mar de lo infinito!

Quién me diera de esa vida
De apóstol la historia cierta,

Por la verdad descubierta,
Por la humildad escondida.
Quién tuviera la medida
De aquel ardiente calor
A que se incuba el amor
De aquella libre esperanza
Con que monte arriba avanza
Con su rebaño el Pastor.

De aquella fe iluminada
Por celeste transparencia,
En el oro de la ciencia
Como un diamante engastada;
De aquella unción destilada
En los huertos del Carmelo,
De aquella alma, tras el velo
De la pompa episcopal,
Vestida con un sayal
Y arrodillada en el suelo.

Al empuje huracanado
De una injusta proscripción,
Va de región en región
En torno del suelo amado.
Sella el labio, resignado,
Baja la mitrada frente;
Y al volver, un elocuente
Silencio lo justifica...
¿Quién ignora en Costa Rica
Que el Obispo fué inocente?

Vedle, viajero sin guía,
Sin escoltas y sin corte,
A veces con rumbo al Norte,
A veces al mediodía.
¿Qué mano invisible y pía
Le quita su veste blanca,
De su palacio lo arranca
Y por los bosques lo lleva
A decir la Buena Nueva
En Guatuso y Talamanca?

Sabe que seres humanos
Viven en selvas remotas,
Que son nuestros compatriotas
Y que son nuestros hermanos;
Y va sin alardes vanos,
Unge sus frentes bermejas,
Su lengua aprende y sus quejas;
Que entre los indios lo alienta
Aquel encargo: "Apacienta,
Apacienta mis ovejas".

Mas de pronto se encapota
El sereno firmamento;



PALACIO EPISCOPAL

El mar ebrio, loco el viento,
Y la barca estalla rota.
Y en tanto que el mar la azota
Y el alma escapa inmortal,
Cruza la luz el cristal
De las lágrimas lloradas,
Y en las reliquias sagradas
Tiende el iris nacional.

FELIX MATA VALLE

El Ilmo. y Revmo.
señor Obispo de Costa Rica
Doctor don Bernardo Augusto Thiel
(Notas breves)

ORA ET LABORA

Concluyendo su primera mitad el siglo XIX, vino al mundo en Elberfeld, Alemania, el que 27 años más tarde había de ser cabeza de la Iglesia de Costa Rica, su sabio y recto organizador y el jefe suyo más amado de los pueblos de esta República que en él vieron no sólo un Pastor amantísimo del rebaño, sino un sabio y benefactor ilustre.

Si por las duras leyes del férreo Canciller hubo de dejar, en edad temprana y mientras hacía sus primeros estudios, la tierra natal y más tarde también una conmoción política en el Ecuador le hizo venir a este país con otros PP. Paulinos, el decreto de 18 de julio de 1884 le expulsó de aquí, en el 7º año de su episcopado, para volver poco después, llamado por don Bernardo Soto, Presidente de la República entonces, á apacentar, ya con experiencia y con sabiduría rarísima, á sus ovejas que con muestras de cariño profundo le llamaban y pedían.

Fue, pues, primero un devotísimo *crutino*, por la condición general de la asociación y orden religioso en que vivía; aparentemente un *hombre temible* en el sentido político en la primera época de su Gobierno eclesiástico; un grande *hombre de estado* en los últimos diez y seis años de su vida; insustituible colaborador del Gobierno civil últimamente, predicador incansable de la moralidad pública y privada, político eminente é historiador laboriosísimo; sabio lingüista y americanista consumado.

La evolución de su genio fue esa, y esa su gloria más fundada. Mis palabras serán bien entendidas y aceptadas como expresión de la verdad por todos aquellos que de cerca trataron á Monseñor Thiel, á quien lloran hoy sus devotos, los indiferentes y hasta los que fueron sus malquerientes.

Es decir que *orando y trabajando*, como él puso por mote en su escudo, supo hacer la mayor de las conquistas que un estadista puede realizar: la conquista de los corazones de sus conciudadanos.

El 20 de agosto último le felicité en su día onomástico, aun estando ya gravísimo, con estas palabras: *Macte animo. Vivis et vivis!*

Y aunque ha muerto 4 días después del aniversario 21º de su consagración como Obispo de Costa Rica, *vive y vivirá* largo tiempo en el corazón de sus conciudadanos, y de todos cuantos le conocimos, tratamos y quisimos sinceramente.

La Comisión Conmemorativa de Costa Rica en el siglo XIX lamenta hondamente la pérdida de su miembro ilustre.

Yo dedico á su memoria estas sinceras y breves líneas de afectuoso recuerdo, como individuo de aquella Junta, como Secretario de la Sociedad de Estudios Americanistas de Costa Rica, de que él era Presidente, y como particular estimador y admirador convencido de sus altos méritos.

JUAN F. FERRAZ

San José, 10 de setiembre de 1901.

De *El Día*.

Los que se van

"Este sabio varón nació para Obispo," era lo primero que se nos venía á la mente cada vez que teníamos ocasión de ver al Ilustre señor Thiel.

Del alto pedestal de su apostolado y de su saber, él descendía lleno de humildad, cosa rara en estos tiempos, para deparar con los desgraciados, como un buen jefe de familia; transmitía la tranquilidad á los corazones aterrorizados por el frío con sólo aquella dulce sonrisa que decía al salvaje: "he aquí á tu padre" y que á nosotros nos hacía pensar en el hombre de bien, de alma sana y de espíritu noble.

¿Lo recordáis?

Pausado era su andar, apacible su semblante, sencillo su continente. Hombre elegante que hubiera llevado con entera corrección las pompas que el lujo proporciona á los de su categoría, prefirió andar casi siempre con la sotana negra, con el fajón morado, el sombrero con orla. Raras veces empleó la escaleta; al encontrarlo en nuestras calles, uno se imaginaba que se hallaba frente á frente á un ser á quien sin conocerlo se le debía guardar respeto y le dábamos sin escrúpulo la acera, sombrero en mano.

Cuando la capital se entregaba al descanso, la lucecilla de una ventana del segundo piso del Palacio Episcopal, indicaba que el Prelado trabajaba, que allí un hombre se entregaba en alma y vida al estudio. Eso lo mató, eso minó aquella al parecer robusta existencia.

Cierta vez hablamos con él extensamente. Habíamos hecho unos cargos á la Curia por un asunto de nuestro pueblo; el Obispo nos llamó á su Palacio y sin emplear esa afectación que por lo común gastan los individuos de los altos Poderes para con los periodistas que los atacan, nos dijo en tono suave: "Usted tal vez tenga razón en sus cargos; quiere á su pueblo, se le dice que se le perjudica y eso ha bastado para excitar su joven temperamento. Yo lo voy á convencer con los números, que los informes que le he dado son erróneos." Luego nos habló de cosas viejas, nos dió detalles minuciosos del pueblo natal, nos informó de cuáles fueran los primeros ascendientes nuestros que vinieron de España, y al despedirse nos dijo con aire amoroso: Venga por acá cuando guste; yo aprecio á los jóvenes y á Ud. puedo suministrarle los datos que desee."

Tal era el hombre: varón cristiano que encerraba todas las virtudes; moderno apóstol en cuyo pecho el ciego fanatismo no halló palpitaciones.

Los verdaderos liberales nos inclinamos ante sus despojos para rendirle emocionados el tributo á que era acreedor.

LEONIDAS BRICEÑO

El Figaro (Sábado 14 de setiembre de 1901)

Duelo nacional

La República de Costa Rica está de duelo. Ha bajado al sepulcro, en medio del profundo pesar de todos los buenos costarricenses, el Ilmo y Revmo. Señor Obispo de la Diócesis, Doctor don Bernardo Augusto Thiel.

Deja un hondo vacío bien difícil de llenar; vacío en la Iglesia Católica que gobernaba con acierto y que ha tenido su edad de oro durante su sabia y enérgica administración; vacío en la sociedad en la que supo ocupar puesto distinguido que le conquistaron su talento claro, su ilustración vasfísima, su afable trato y su amabilidad y constancia en el cultivo de las amistades sin número, que desde antes de su advenimiento á la silla episcopal ya lo rodeaban y que lo han acompañado hasta su lecho de muerte.

Nació don Bernardo Augusto Thiel en la industriosa ciudad de Elberfeld del Rhin, Pru-

sia, el lunes primero de abril de 1850. A los veinticuatro años fué ordenado presbítero, formando parte de la Congregación de Paulinos que tantos hombres ilustres han iluminado con el brillo de sus inteligencias y que tiene por principal objeto la instrucción de la juventud. Vino á Costa Rica, precedido ya de fama envidiable y desempeñó el puesto de profesor de Filosofía é Historia en el Seminario de San José. Con fruición inmensa recordan aún sus numerosos discípulos sus sabrosas pláticas y sus fructuosas enseñanzas. Vacante la silla episcopal, fué preconizado Obispo de Costa Rica el viernes 27 de febrero de 1880 y Consagrado el domingo 5 de Septiembre del mismo año.

Emprendió al empuñar el báculo la regeneración de la Iglesia de su diócesis, labor en la que le acompañaron todos los buenos é ilustres sacerdotes que formaban el Cabildo eclesiástico; en 18 de julio de 1884 razones políticas de aquella época de transición, motivaron el destierro del Prelado. Volvió al seno de su grey querida dos años más tarde, el 23 de Mayo de 1886 y continuó la tarea no abandonada por entero, logrando coronarla con el mejor éxito, pues formó á su alrededor sacerdotes notables, escogidos entre los mejores talentos de la juventud que recibió sus enseñanzas en el Colegio Seminario, muchos de los cuales completaron sus conocimientos en el Colegio Pío Latino Americano de Roma y otros europeos. Dedicó también no pequeña parte de su esfuerzo á la conquista civilizada y civilizadora de los escasos restos de nuestros indígenas á los cuales visitó personalmente corriendo para ello todo género de riesgos y venciendo serias dificultades; en esta cristiana labor, obtuvo frutos de alta consideración que con justicia le envanecían.

Dedicado su poderoso cerebro al estudio de las lenguas indígenas, pronto logró dominarlas con gran acierto y obtener de ellas la suma de beneficios que tenían que ser resultado lógico de su esfuerzo en pro de los olvidados indios y de su historia casi desconocida.

Amante de las ciencias naturales, emprendió con ardor serias investigaciones científicas de altísima importancia; formó un precioso y valiosísimo museo de antigüedades, coleccionó plantas y minerales y recopiló datos y documentos de gran valor histórico. Puede asegurarse, en estricta justicia, que siendo extranjero por nacionalidad, era el mejor intérprete de las sepultadas memorias de la raza indígena de nuestro suelo y el mejor relator de nuestra historia.

Escribió obras, unas ya publicadas, otras, las más, inéditas, que son muestra eloquente de su ilustración y laboriosidad.

Le sorprendió la muerte en momentos en que elaboraba el mejor de sus trabajos: su parte en el Libro Conmemorativo del Siglo XIX, parte reconocida por sus colaboradores como una de las mejores piedras de ese monumento que se levanta como base de nuestra futura historia.

No era un gran orador, pero su palabra suave, profunda y vigorosa, sin retóricas ni floreos vanos, reflejaba la expresión sincera de su gran corazón y de su cultivada inteligencia.

Tras de corta pero cruel enfermedad deja esta vida á los cincuenta y un años de edad, cuando aún había derecho á esperar mucho bien de sus manos, cuando ya los huérfanos y los desvalidos se habían habituado á mirar en él á un padre y protector cariñoso, cuando el clero católico estaba ampliamente tranquilo y satisfecho del vigor de la columna que sostenía el pesado edificio y cuando ya Costa Rica estaba acostumbrada á envanecerse con razón y á vanagloriarse con justicia de tener á hombre tan valioso como prelado de su Iglesia.

La Redacción de *El País* hace pública manifestación de respeto á la memoria del sabio é ilustre pastor y envía su sincera condolencia á la familia del sacerdote ejemplar y á la huérfana grey costarricense que hoy llora con justicia tan irreparable pérdida.

MANUEL GONZÁLEZ Z.

El País.—(11 de setiembre de 1901.)

LOS FUNERALES

Señor Obispo Thiel

Los funerales del Ilustrísimo señor Thiel han tenido los caracteres de todo un acontecimiento. Pocas veces se habrá notado en esta capital una manifestación tan general y espontánea. Aquello fue una ovación, una apoteosis, rendida á los méritos del finado, y de tanto mayor alcance, cuanto que se trataba de un tributo póstumo. Desde el jefe de la Nación hasta la persona más humilde, todos se congregaron para realizar las últimas y solemnes ceremonias con que Costa Rica ha querido demostrar que sabe rendir culto al mérito y al valor.

Ni una nota discordante se traslucía en aquella espléndida manifestación.

Hay obras y méritos que dejan tras de sí, junto con el reconocimiento, heridas y asperezas inevitables; pero hay una obra callada, paciente y silenciosa, aquella cuya simiente se arraiga en el corazón y en los sentimientos; aquella cuyo objetivo y fin es hacer el bien, que subyuga todos los asentimientos, y conquista todos los corazones.

El Ilustrísimo señor Thiel hizo el bien y toda Costa Rica, en las diferentes ceremonias, de sus funerales, ha sabido rendirle el debido homenaje póstumo.

Hagamos ligera crónica de las importantes ceremonias.

Día 11

Como á las 4:30 p. m. de ese día fueron trasladados los despojos mortales del señor Obispo, de la capilla ardiente del Palacio Episcopal, á la Catedral, que estaba convenientemente preparada.

Á las 5 p. m. se le cantaron vísperas solemnes, por el Cabildo y el Seminario Mayor.

El movimiento de gente á esa hora y durante la noche, era extraordinario.

Á la vez llegaban innumerables coronas ofrecidas por corporaciones religiosas, institutos, centros y personas particulares.

Día 12

Este día fue solemne: se suspendió toda la vida comercial y administrativa de San José desde las primeras horas de la mañana.

Además fue día de luto general.

En la manifestación tributada al señor Obispo Thiel no había disidentes; todos, sin distinción ninguna, se unieron para rendir el merecido tributo á sus méritos.



EL EJÉRCITO

Desde antes de las ocho de la mañana se habían reunido los diferentes cuerpos de la guarnición en la Plaza de la Artillería, con las cuatro bandas: la de la capital, Cartago, Heredia y Alajuela.

La Compañía de Preferencia, luciendo su vistoso uniforme, ocupaba la vanguardia del

Española de Beneficencia, empleados públicos y muchos particulares.

EL TEMPLO

Se hallaba rigurosamente enlutado.

Al entrar la comitiva oficial, terminaba el canto de Maitines, ejecutado en canto gregoriano, por los alumnos del Seminario Mayor.

El catafalco se levantaba en el centro de la rotonda de la nave principal.

Tenía á la cabeza el escudo del Episcopado, de gran tamaño. Á un lado, el derecho, la bandera nacional; al otro, la bandera del Cabildo. Remataba esta alegoría una hermosa cruz de cera.

Sobre el cadáver, y suspendida en el aire, una simbólica paloma.

De los arcos formados por las paredes laterales de la nave central colgaban grandes cortinas; las columnas y paredes enlucadas, y adornadas con hermosas plantas y escudos negros con inscripciones en negro brillante decían: Predicador evangelista, Apóstol de Talamanca, Educador de la juventud, Padre de los huérfanos, Padre de los pobres, Humilde sabio, Escritor erudito.



EN LA CAPILLA ARDIENTE

En fin, el aspecto interior del templo era grave y severo y habría resultado más imponente si la oscuridad hubiera sido mayor, cubriendo todas las ventanas y claraboyas.

LA MISA DE REQUIEM

Al conocer por el programa de los funerales los números de música que habían de ser ejecutados, no pudimos evitar una impresión de duda y desconfianza, no por las facultades ni méritos de los encargados de su interpretación, pero sí por el escasísimo tiempo de que habían dispuesto para comprender las inspiradísimas armonías del inmortal Verdi.

Hace ya muchos años que tuvimos ocasión de oír esa joya de la música religiosa por tan nutrida mas vocal e instrumental que se elevaba a más de 1,500 ejecutantes, y tal impresión había dejado en nosotros, tal efecto nos causó, que, lo repetimos, temíamos que con toda la buena voluntad y todo el deseo de los que en nuestra iglesia Catedral debían interpretarla, resultase desmerecida y pálida.

Con sinceridad absoluta confesamos nuestro completo error.

Si cupiera suponer que una fuerza superior y desconocida, la del sentimiento artístico, la del religioso, y tal vez la que puede prestar la solemnidad del momento, habíase apoderado del espíritu de los artistas y aficionados, desde ahora aseguramos que así había sucedido y que todos ellos sintiéronse por ella subyugados.

Al sonar los primeros compases del *Kyrie* ya nos sentimos impresionados favorablemente y se fué apoderando de nuestros sentidos ese sentimiento inefable e inexplicable, ese goce especial y tan difícil de decir que la música produce cuando los que la ejecutan sienten a su vez toda la fuerza de la inspiración y de la belleza.

El *Kyrie* resultó magistralmente dicho y no vacilamos en decir que ni una sola de las personas que lo escucharon dejó de conocer sus efectos, sintiendo comoverse las más recónditas fibras del alma.

El *Dies irae* de Gaudioso, aunque no tiene a grandiosidad ni la inspiración del de Verdi, fué también de gran efecto, porque la belleza de la composición estuvo perfectamente comprendida por la señorita Segreda y el señor Rodó.

En el *Ofertorio* de Verdi, el señor Aguilar y la señora Zorino, señorita Montero y señor Arias, pusieron toda su alma, resaltando, como debían resaltar, las infinitas bellezas de la composición.

Nos pareció que el *Benedictus* fué tal vez la pieza en que flojearon algo sus intérpretes, no queriendo decir esto que merecieran censuras, sino que a tal altura llegaron en los números anteriores, que por poco que de ella descendieran tenía que notarse.

Muy bien el *Agnus Dei* é igualmente el *Libera me*.

Si nuestra felicitación ha de ser acogida favorablemente por todos, recibíala muy sincera y entusiasta, pues muy merecida la tienen, ya que sin excepción han demostrado profesores y aficionados, una vez más, no sólo sus envidiables cualidades y aptitudes, que eran ya reconocidas, si no lo que es más de apreciar en estos casos en que el tiempo está limitado y los elementos deben reunirse e identificarse poco menos que improvisándose; su dedicación, su estudio, su esfuerzo y su intuición artística, que no es patrimonio de la generalidad.

LA ORACIÓN FÚNEBRE

Terminada la misa, ocupó la cátedra sagrada el canónigo Lic. don Ricardo Zúñiga y dió lectura á los póstumos elogios del Prelado difunto.

En el exordio lamentó la desaparición del Jefe de la Iglesia Católica de Costa Rica y pintó, con una que otra repetición, el efecto causado en todos los ánimos por ese infausto acontecimiento.

El orador, en el cuerpo del discurso, no desarrolló ningún tema, no intentó hacer ningun-

na elucubración, y en esto estuvo su talento y su habilidad. Narró, paso por paso, la provechosa vida del Prelado, animando el relato con recuerdos personales propios, que daban calor y vida á la narración.

EL CORTEJO FÚNEBRE

Lo más grandioso y solemne de todas las ceremonias del jueves, lo que revistió proporciones verdaderamente extraordinarias, fué el cortejo fúnebre que desfiló terminados los oficios religiosos.

La aglomeración de gente, el apiñamiento, era inmenso.

El atrio de la Catedral, la escalinata, las calles adyacentes y el Parque, rebosaban de espectadores.

Todas las ventanas y balcones de las casas se hallaban cuajados de público y hasta a la verja y los árboles del Parque se había encaramado la gente para contemplar la salida del cadáver de la Catedral.

Las escuelas é institutos que tenían que tomar parte en el magnífico desfile fúnebre, se hallaban con mucha anticipación ocupando sus respectivos puestos.

Entre los diferentes grupos llamaban la atención sobremañera las niñas de Colegio de Sión, por su estandarte y el blanquísimo velo con que iban cubiertas.

El cortejo desfiló en el siguiente orden:

- 1º—Cruz Alta
- 2º—Hospicio de Huérfanos
- 3º—Escuelas de varones y mujeres.
- 4º—Colegio de Sión y Colegio Superior de Señoritas.
- 5º—Liceo de Costa Rica
- 6º—Seminario Menor
- 7º—Clero
- 8º—Venerable Cabildo Eclesiástico
- 9º—Celebrante y Diáconos

FERETRO

CORTEJO OFICIAL

- 1º—Señores Presidente de la República, del Congreso y de la Corte Suprema.
- 2º—Designados á la Presidencia de República y Ministro de Culto.
- 3º—Subsecretarios encargados de los despachos de Hacienda y Guerra; Cuerpo Diplomático y Subsecretario de Gobernación.
- 4º—Congreso Nacional.
- 5º—Corte Suprema de Justicia.
- 6º—Estado Mayor.
- 7º—Cuerpo Consular.
- 8º—Gobernadores de provincia
- 9º—Colegio de Abogados.
- 10º—Facultad de Medicina.
- 11º—Municipalidades.
- 12º—Jefes de Departamentos Generales.
- 13º—Demás empleados públicos.
- 14º—Colonia Alemana.
- 15º—Representantes de asociaciones públicas, Círculo católico de artesanos y sociedades de caridad.
- 16º—Delegaciones especiales.
- 17º—Personas particulares.
- 18º—Ejército Nacional.

Muchas personas habían colocado velos y cortinajes negros, en señal de duelo, en las ventanas de sus casas.

Las calles por las que pasaba el cortejo ofrecían soberbio golpe de vista.

El edificio del Banco de Costa Rica presentaba compacta multitud en sus balcones y en la azotea.

En fin, que la procesión fúnebre fué lo más grandioso de los honores tributados al Obispo de Costa Rica.

En varios puntos del trayecto por donde pasó el cortejo se habían levantado algo así como altares, donde se ejecutaban hermosas y sentidas piezas de música religiosa.

El ataúd que encerraba los venerables despojos del Prelado era llevado en hombros por sacerdotes, que iban turnándose.

La caja mortuoria de la casa de Márquez,

era una verdadera joya. Encima llevaba todos los atestados del episcopado, mitra y báculo, y la preciosa cruz de flores naturales donada por la Sociedad de San Vicente de Paúl.

Siguiendo á la concurrencia, invitada especialmente para los funerales, iban el regio coche fúnebre de la casa Carbonell y el de don Manuel A. Gutiérrez, tirados cada uno de ellos por cuatro caballos negros, adornados con redecillas de seda y los morados.

Formaban hermoso contraste con la multitud, vestida de luto, el sinnúmero de coronas, cruces, anclas y artísticas palmas que cubrían los carruajes. Eran pirámides de flores.

No intentamos, por la premura del tiempo, hacer una pintura detallada de aquel hermoso, variado y solemnisimo cortejo.

Muchas fueson las personas que tomaban vistas.

LAS CORONAS

Larga tarea sería enumerarlas.

¡Eran tantas! Sin embargo, haremos mención de las que más llamaron la atención:

Rafael Iglesias, Presidente de la República. Designados á la Presidencia de la República:

El Congreso Constitucional.
Magistrados de la Corte Suprema de Justicia.

Ministro de Culto.
Municipalidad de San José.
Municipio de Heredia.
Colegio de Abogados.
Facultad de Medicina.
El Cuerpo Diplomático.
El Cuerpo Consular.
El Club alemán.
La Colonia Española, con un hermoso lazo con los colores de España.

Sociedad del Tabernáculo de la ciudad de Cartago, que llevaba en el centro, bordada una mitra. Verdadera obra de arte.

La Colonia Alemana con la bandera alemana.

El Banco de Costa Rica.
Colegio de "Notre Dame de Sión".
Seminario Mayor.
Una bellísima cruz del Clero de Costa Rica.
Cabildo Eclesiástico.
Escuela Graduada de Varones.
Colegio Superior de Señoritas.
Sociedades Católicas.
Escuela anexa al Colegio Superior de Señoritas.

Hospicio de Huérfanos.
Eudoxia C. de Iglesias.
Jaimé Bennett.
Otros particulares.

RESUMEN

En resumen: tiempo hermosísimo de verano, refrescado por brisa del Norte, funerales suntuosos, orden y compostura en grado máximo, una guirnalda inmarcesible á la memoria del Obispo Thiel.

Al calor de la unánime manifestación de duelo y sentimiento de que dió prueba todo Costa Rica por la muerte de su Prelado, nació en nosotros la idea de dedicar á su memoria un número especial en el que, además de recopilar todo cuanto *La República* hubiese escrito con aquel motivo, tuviese cabida lo publicado por alguno de nuestros colegas contando de antemano con que sus autores nos perdonarían la usurpación, en gracia á la honra que nos dispensaban.

Quisimos después dar algo más de extensión al número y nos dirigimos á varias personas, cuyos solos nombres eran para nosotros ejecuto-

ria de respeto y consideración, para que, en honor del insigne varón á cuya memoria dedicábamos el trabajo, nos prestasen su valiosísima colaboración.

Ya en ese camino, cuanto deseamos extender nuestras peticiones!; pero no nos lo permitieron ni la perentoriedad del tiempo ni los elementos de que disponíamos, so pena de demorar indefinidamente la publicación del número.

Además, el objeto primordial estaba conseguido; pues nuestros lectores podrán ver como han contribuido á nuestro fin distintas personalidades: distintas en ideas pero no en valía, ni en consideración y afecto al Ilustre cuanto llorado Pastor.

En la gradación que existe desde el Señor Presidente de la República, hasta el más humilde de nuestros colaboradores cabe la manifestación de todas las esferas que abraza la Sociedad costarricense.

A todos rendimos manifiestamente los más sinceros sentimientos de gratitud no sólo por la inmerecida, y por lo tanto más preciada, honra que nos han dispensado cuanto por que ésta es la que dará valor á un trabajo que hará más duradera la memoria del Ilmo. Sr. Dr. Thiel y el sentimiento unánime de todos: sus fieles, sus amigos y sus admiradores.

LA REPÚBLICA

Llenar cumplidamente su misión evangélica de sacerdote; abrir su corazón á los impulsos de una fe inquebrantable en Dios y de un acendrado amor á sus semejantes; purificar su espíritu en las más elevadas concepciones del bien; investigar con verdadero afán, sin preocupaciones ni preconcebidos juicios, los secretos de la ciencia y los intrincados problemas de la sociedad para la cual se vive y por la que se trabaja; hacerse, por la resignación, grande en el martirio, y ser notoriamente humilde en el altísimo puesto de Pastor de su grey; ser noble y generoso, prudente y sabio; todo esto fué la vida del Obispo por quien Costa Rica está hoy de luto;

El Ilmo. señor

Doctor don Bernardo Augusto Thiel.

Como un justo homenaje á tantas virtudes se congregaron alrededor de sus restos mortales todos los hombres del país, y hoy en su recuerdo se confunden todos los corazones.

RAFAEL IGLESIAS

Memento

"Con lo poco que vivió llenó la carrera de una larga vida."

"Porque su alma era grata á Dios, por lo mismo fué llamado á mejor existencia."

"En la sabiduría tiene su morada el espíritu de inteligencia: espíritu único, santo, multiforme, sutil, elocuente, ágil, immaculado, infalible, suave, amante del bien, perspicaz, irresistible y benéfico." —(LIBRO DE LA SABIDURÍA).



¿Por qué no aplicar esos sublimes conceptos del Sagrado Libro al ilustre Prelado cuya muerte deplora Costa Rica?

¿Por qué no aplicarlos á quien fué ejemplo vivo de cristianas virtudes, dechado sacerdotal, laborioso y modesto, sabio y preclaro ciudadano?

¿Por qué no, al profundo pensador, al filósofo sano, al hombre caritativo y abnegado, al amigo de los desvalidos y al protector de las tribus indígenas, miserables y desheredadas?

Titulos son éstos claros y lucientes, para enaltecer la gratisima y santa memoria de Bernardo Augusto Thiel, segundo Obispo de Costa Rica; y patente testimonio de su certeza y lealtad son también las flores y coronas que cubren profusas su sepulcro; las lágrimas abundantes que lo riegan y las bendiciones fervientes que al cielo se elevan á su memoria veneranda é inolvidable.

FRANCISCO M. IGLESIAS



ESPERANDO EL CORTEJO

Fotografía y fotograbado de P. Bazzich

El señor Thiel fué no sólo un pastor bondadoso, sino además un hombre de estudio. Costa Rica á su vez fué para él no sólo la grey que recibió encargo de apacentar, sino además objeto constante de sus investigaciones. Las lenguas indígenas, la historia, la geografía, la etnografía, la arqueología del país; todo mereció la atención de su poderosa inteligencia.

En sus peligrosas misiones á Guatuso y Talamanca, atraía al seno de la Iglesia á los pocos indios que pueblan esas partes de nuestro territorio, pero también aprendía el cabécar, el brunca y el bribri. En sus frecuentes visitas pastorales administraba los Sacramentos y exhortaba con su palabra á mejores costum-

bres, pero también reunía y hacía extraer de la tierra que los oculta los testimonios de una civilización extinta. Concentraba para mejor orden los libros y papeles de todos los curatos, pero allí deducía las bases de nuestra población y formaba censos retrospectivos que a veces el maltrato y miseria condición de los indios o que dan fe de la constitución de nuestra raza. Descifraba viejos documentos, tanto para formar los mapas de la historia eclesiástica de Costa Rica, como para traer algún dato más a la crítica histórica. Formaba colección de antigüedades, no por satisfacer un vano prurito de curiosidad, sino por sacar de ellas nuevas ideas respecto de nuestra historia precolonial, de nuestra procedencia y de nuestro modo de ser. Aplicaba, en suma, su escrutadora mirada a todo, cuanto interesara a Costa Rica.

Con razón, pues, deploramos los costarricenses la muerte del hombre que imponía con su ejemplar conducta, que atría con su palabra suave, que iluminaba con su talento las tinieblas de nuestro pasado, que anhela para su segunda patria un porvenir radiante, y que, sujeta en una mano el cayado y en la otra la antorcha de la ciencia.

CLETO GONZÁLEZ VIQUEZ

Obispo y pensador

El Obispo Thiel era un pensador.

¿Obispo y pensador! ¿Es posible?

Para ciertas personas no, para ellos, pensador quiere decir: uno que piensa como ellos.

A nuestro ver, lo que constituye el pensador es algo muy diferente.

El Obispo Thiel no creía simplemente, sino que razonaba de un modo admirable su creencia. Y por lo pronto en materia filosófica conocía todo: lo mismo podía el disertar sobre Santo Tomás que sobre Kant, y sobre San Anselmo que sobre Hartman. De la filosofía alemana, que está fuera de la iglesia, le oí hablar larga y doctamente.

Conocía bien esta biografía interesantísima: la del pensamiento; lo había seguido desde Tales hasta Apoloño de Tiana, allá junto al Pireo y en todo el mundo antiguo; la Edad Media, ese espacio sombrío, era para él un campo lleno de iluminaciones; el misterio no lo atraía por oscuro sino por hermoso. El positivismo, el materialismo, el ateísmo, no le asustaban: discutía con ellos tranquilamente. Su ciencia era ancha y su inteligencia más ancha todavía. Tal me pareció siempre el Doctor Thiel, que además era Obispo.

A. ZAMBRANA

San José, 18 de setiembre de 1901.

Al Ilmo. y Revmo. Señor Obispo
DOCTOR BERNARDO AUGUSTO THIEL

Ubi est, mors, victoria tua?
(I Cor. XV, 55)

En dónde está, oh muerte, tu victoria? Implacable le arrebataste de entre nosotros, pero tu mano avara nunca arrancará de nuestros corazones la memoria del ilustre Prelado, caído bajo tu mortífera guadaña! Tu silencioso poderío no subyugará jamás el glorioso nombre del sabio Pastor!

Ahora más que nunca vive rejuvenecido en millares de pechos palpitantes. Hoy más que ayer, nuestros labios pronuncian su nombre y nuestros ojos miran su grandeza.

Y mientras aquí el triste tañido del bronce sagrado junto con el luto universal perpetúan su memoria, allá, en las selvas y agrestes montañas, el indígena contempla y solloza desolado sobre la planta aun fresca del infatigable Pastor que a pie, con el cayado y el Cristo en sus manos, buscaba las ovejas repudiadas por la civilización.

¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? Sepultado yace su cuerpo entre lúnebre caja férrea; pero Bernardo Augusto Thiel vive y vivirá eternamente en nuestra mente.

Ante nuestra vista se presentan los días santos del que fué virtuoso desde el principio hasta el fin de su vida. El trabajo y la oración fueron su lema, el temor a Dios su guía, la salvación de las almas su afán, la caridad su práctica, el estudio y penitencia su ejercicio, y el cielo su esperanza.

¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? Tu prematura víctima vive y vivirá en nuestra Religión y en nuestra Patria; en nuestra ciencia y en nuestra historia. Formará el alma de los centros de caridad y de las investigaciones científicas.

El sabio le consultará en sus escritos y el niño estudiará sus Catecismos; el historiador leerá sus publicaciones y los pueblos recordarán sus consejos evangélicos; el geógrafo aprenderá en sus viajes y sus sacerdotes seguirán su ejemplo. El arqueólogo examinará su colección de antigüedades y el estudiante su rica y valiosa biblioteca; el incrédulo iluminará la mente en sus obras religiosas y el creyente fortalecerá su fe.

¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? Las virtudes de tu víctima serán la esplendorosa antorcha iluminadora de nuestros pasos, al par que la fe nos abre el cielo y nos la presenta sobre la montaña santa de Sión y en la parte más elevada de la Jerusalén celestial.

J. DANIEL CARMONA

San Isidro, 17 de setiembre de 1901.

El Ilustrísimo señor Doctor Thiel, que en medio de la aflicción grande acaba de abandonar el mundo de los vivos, después de apacentar durante veintidós años la grey católica de Costa Rica, era una figura atrayente que hacía agradables sus ideas y que incitaba a la imitación, porque en los talentos y virtudes que poseía con abundancia no había esa mezcla de ostentoso poder y de fosca austeridad que hacen imponentes a algunos hombres superiores, pero que alejan de ellos todo sentimiento de simpatía, que los hacen respetados pero no queridos.

El Ilustrísimo señor Doctor Thiel disponía, pues, no solamente de la fuerza que emana de la autoridad religiosa, no menos que de la virtud y de la sabiduría, sino también de esa gran fuerza moral, a la vez mundana y divina, que nadie estudia, pero que todo el mundo siente, a la cual nadie intenta sustraerse, porque ella se impone con dulzura que, antes bien, la hace grata; de esa gran fuerza moral, digo, que suaviza las voluntades hostiles y que atrae las inteligencias de vuelo encontrado y las reúne y agrupa en torno de un sentimiento generoso. He aquí como el Ilustrísimo señor Obispo hacía suyas, por los hermosos lazos del afecto, las almas incrédulas que no podía ganar para el Emperio.

JUSTO A. FACIO

El biógrafo de Thiel se encuentra en una dificultad, porque no sabe donde principiar ni dónde acabar.

Como de hombre amabilísimo, de sacerdote austero, como de sabio eminente, una representación de su vida, llenaría un volumen entero.

Al sabio lo admiraba por sus vastos conocimientos enciclopédicos. Muy natural es que un Prelado egregio como él se ocupase de las ciencias históricas y se poseyera, por un estudio

serio, de los idiomas de los últimos restos de los pobres indios; pero que ese ilustre varón dominase las ciencias naturales también, y que estuviese al corriente de todos los progresos del género humano, eso, me inspiraba siempre la más profunda admiración.

A menudo me detengo al lado de la tumba del finado amigo afligido por la pérdida irreparable que todos hemos sufrido, y el resultado de todas mis preocupaciones y reflexiones es este: el bienaventurado muerto nos ha dejado una herencia preciosa: la obligación moral de seguir trabajando en su espíritu, que es de laboriosidad, de tolerancia, de verdadero cristianismo y de amor a esta bendita tierra.

DR. ERNESTO O. PALACIO

17 setiembre 1901.

Monseñor:

Ni el brillo de vuestro pectoral, ni los esplendores de vuestras vestiduras pontificales me conmovieron tanto, como unas lágrimas que vertisteis al enjugar otras que la desgracia y la miseria arrancaban de los ojos de un desvalido.

Si tuvierais, que no las tenéis, culpas que purgar, aquellas lágrimas serian vuestra redención.

X

ACROSTICO

En un hombre augusto brillará en la historia
Ermoso y puro, immaculado y bello,
Costa Rica, honrando tu memoria,
En su cielo tendrá como un destello
Luminoso, tu vida meritoria.

ERNESTO O. PALACIO

No le conocí al meritisimo Obispo de Costa Rica que acaba de bajar a la tumba. Pero he sido testigo de la grandiosa apoteosis que le hiciera todo un pueblo y he escuchado a más de una persona, referir sus sobresalientes méritos y sus altas dotes de gobierno, desplegadas en los largos años que ocupó la Sede Episcopal de esta ciudad.

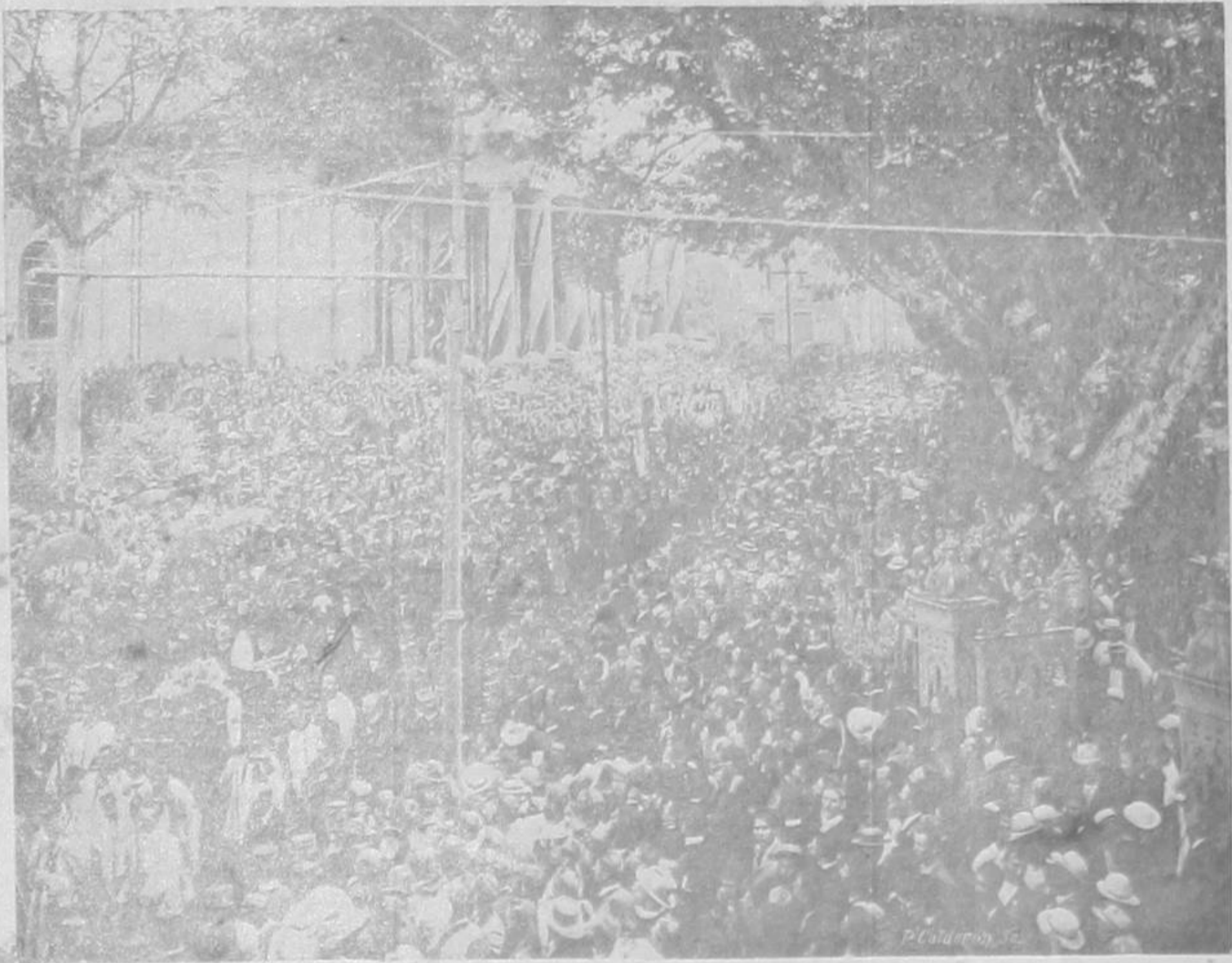
¿Y sabéis cual de las múltiples cualidades que poseía era la que realzaba más sus méritos? ¿La que era como corona y brillante complemento de ellas y la que vino a ser el alma y el secreto de los triunfos que alcanzara?

Esa cualidad fué la de la cristiana tolerancia.

Con ella conquistaba los corazones y con ella y mediante ella, supo, en la porción más larga de los años en que rigió la Iglesia Católica de Costa Rica, mantener la paz, la concordia y hasta el respeto hacia la augusta autoridad religiosa que ejercía.

También con la tolerancia llegó a alcanzar un prominente puesto entre los más ilustres Prelados de la Iglesia Católica y se acercó más y más al carácter y a la misión del divino Jesús, cuyo lema fué amor y caridad.

S. ISPIZUA



EL CORTEJO FUNEBRE

Fotografía de Fernando Zamora.



Fotografía y grabado de Pablo Buxench.

PASO DEL CORTEJO POR LA ESQUINA DEL RANCO DE COSTA RICA

Pocas veces he tomado la pluma con más deseos de expresar todos mis sentimientos, pero en ninguna podré decir menos de ellos como en esta ocasión: es que el lenguaje de los hombres se ha hecho para referir las acciones de los hombres, no para ensalzar las virtudes de los santos. No obstante, escribo estas palabras, dedicadas al hombre superior que vivió entre nosotros, pues no ha de faltar mi firma entre las de los que más le quisieron y admiraron.

Los trabajos de la Comisión Conmemorativa de Costa Rica en el siglo XIX, me proporcionaron el honor y la dicha de conocer y tratar al Ilmo. señor Obispo Dr. don Bernardo Augusto Thiel (q. e. p. d.). Debía visitarle a cada paso por razón de mis obligaciones, y tan necesaria llegó a hacerse su presencia que le echaba de menos cuando no tenía la ocasión de saludarle. Y no debe extrañarse que en un año escaso de relaciones sintiera por él tanta inclinación; todos los que le hubieren conocido, aun en menos tiempo, habrían abrigado el mismo sentimiento de respeto y cariño.

Pronto se descubrían sus cualidades extraordinarias, sus dotes privilegiadas que, aunque sea triste el decirlo, es difícil encontrar reunidas y tan bien ordenadas en nadie. No se hallará fácilmente una luz tan viva para disipar las tinieblas de la mente, ni un foco de calor tan intenso para derretir los hielos del corazón; no se logrará muy pronto otro Pastor tan experto y consumado en el ejercicio de su misión Apostólica. En él hallaron los sabios una antorcha inextinguible con que alumbrarse en la senda misteriosa de la ciencia; las almas caritativas y piadosas, un alimento espiritual; los corazones buenos y generosos, un amigo entrañable; la Iglesia Católica, un campeón invencible!

Pero la pluma se detiene en los elogios, temerosa de cometer el pecado de no decir nunca lo bastante.

Le conocí y le traté en momentos de fecundo trabajo; este hubiera sido siempre nues-

tro lazo de unión; pero tuve la pena de perderle porque la Providencia había dispuesto sonase la hora de su eterno descanso.

Al reanudar mis tareas cotidianas, acariciará mi mente su recuerdo; mientras yo viva, amaré su memoria tanto como á él le quería . . . ! Plegue á Dios que, como he de llevar grabado en el alma su recuerdo y su cariño, vivan también en ella y fructifiquen los gérmenes de virtud y laboriosidad que me legó con su ejemplo! . . .

JOSÉ MONTURIOL Y TENORIO

San José, 18 de setiembre de 1901.

Un pueblo en el que todos sus moradores, sin distinción de matices, nacionales y extranjeros, pobres y ricos, sabios é ignorantes, rinden sincero homenaje al Pastor espiritual que guía y dirige en él los destinos de la Iglesia; un pueblo que tributa la manifestación de dolor más espontánea y unánime que registran los anales de su historia contemporánea; un pueblo, en fin, que se viste de luto y llora inconsolable la muerte de su Prelado, es testimonio bastante á relevar de toda otra prueba y á convencer al más rehacio de los méritos y valer con que él estaba dotado.

No conocí al Ilustrísimo Doctor Thiel y aunque incapaz de juzgarle si hubiese tenido tal suerte, considérole hoy como desaparecida estrella de primera magnitud en la constelación de los sabios y de los buenos é inclínome reverente ante su tumba, formando á la vanguardia de los que admirarán su paso por esta tierra.

MARIANO ALVAREZ MELGAR

Infatigable

Regresábamos á Nicoya unos cuantos, que habíamos tomado el camino que conduce á Santa Cruz con el fin de dar la bienvenida á la primera autoridad eclesíastica de Costa Rica, que llegaba en visita pastoral.

A ambos lados y de trecho en trecho grupos de fieles esperaban la bendición del Prelado; y no eran curiosos, pues tan luego como le veían acercarse, doblaban la rodilla é inclinaban la cabeza.

Esa veneración que donde quiera se dispensó al señor Thiel, nada tenía de fanática: era veneración á la inteligencia y á la virtud.

¿Cómo explicarla?

Pude apreciarlo en este rasgo. Descendió Su Señoría del caballo; entró en la casa cural y tras rápido y frugal almuerzo, sin otro reposo que el de su limpia conciencia, se dirigió al escritorio, oró, abrió los libros y también él incluyó la cabeza.

¡Labor impropia!

PEDRO IGLESIAS H.

17—IX—901.

En las arideces del indiferentismo; en las fragosidades de la duda como en las vastas extensiones del libre pensamiento, supo dejar la semilla de la admiración y del afecto, siendo un príncipe de la Iglesia Católica.

Y si á la Suprema Justicia, que es también la inagotable Misericordia, llegan las preces de los fieles, ¿porqué no han de llegar las vibraciones del sentimiento?

CÉSAR NIETO

